

VII

La idea... la pícara idea.

I

Guillermina vivía, como antes se ha dicho, en la calle de Pontejos, pared por medio con los de Santa Cruz. Era aquella la antigua casa de los Morenos; allí estuvo la banca de este nombre desde tiempos remotos, y allí está todavía con la razón social de *Ruiz Ochoa y Compañía*. El edificio, por lo angosto y alto, parecía una torre. El jefe actual de la banca no vivía allí, pero tenía su escritorio en el entresuelo; en el principal moraba D. Manuel Moreno-Isla, cuando venía á Madrid, su hermana doña Patrocinio, viuda, y su tía Guillermina Pacheco; en el segundo vivía Zalamero, casado con la hija de Ruiz Ochoa, y en el tercero, dos señoras ancianas, también de la familia, hermanas del obispo de Plasencia, Fray Luis Moreno-Isla y Bonilla.

Entró Guillermina en su casa á las nueve y media de aquel día, que debía de ser memorable. Tan temprano y ya había andado aquella mujer medio mundo, oído tres misas y visitado el asilo viejo y el que estaba en construcción, des-

pachando de paso algunas diligencias. Llegóse un instante á su gabinete, pensando en la visita que aquel día esperaba; pero el interés de este asunto no le hizo olvidar los suyos propios, y sin quitarse el manto, volvió á salir y fué al despacho de su sobrino. «¿Se puede?», preguntó abriendo suavemente la puerta.

—Pasa, *rata*—replicó Moreno, que se acababa de dar un baño y estaba sentado, escribiendo en su pupitre, con bata y gorro, clavados los lentes de oro en el caballete de la nariz.

—Buenos días—dijo la santa entrando; él la miraba por encima de los quevedos.—No vengo á molestarte... Pero ante todo, ¿cómo estás hoy? ¿No se ha repetido el ahoguillo?

—Estoy bien. Anoche he dormido. Me parece mentira que haya descansado una noche. Todo lo llevo con paciencia; pero esos desvelos horribles me matan. Hoy, ya lo ves, hablo un rató seguido y no me canso.

—Vaya... cosas de los nervios... y resultado también de la vida ociosa que llevas... Pero vamos á mi pleito. Sólo te quería decir que ya que no me acabes el piso, me des siquiera unas vigas viejas que tienes en tu solar de la calle de Relatores... Ayer fui á verlas. Si me las das, yo las mandaré aserrar...

—Vaya por las vigas, que no son viejas.

—¡Si están medio podridas!

—¡Qué han de estar! Pero en fin, *tarasca*, tú.

yas son—replicó Moreno volviendo á escribir. —¡Cuándo querrá Dios que acabes tu dichoso asilo, á ver si descansa el género humano! Mira, no sabes lo antipática que te haces con tus petitorios. Eres la pesadilla de todas las familias, y cuando te ven entrar, no lo dudes, aunque te pongan buena cara, ¡te echan de dientes adentro cada maldición...!

A estas palabras, dichas con seriedad que más bien parecía broma, contestóle Guillermina, sentándose junto al pupitre, apoyando un codo en él y mirando frente á frente al sobrino, cuya barba acarició con sus dedos, entre los cuales tenía enredado aún el rosario.

—Todo eso lo dices por buscarme la lengua. Eres muy pillincito. Por de pronto, vengán esos maderos que no te sirven para nada.

—Carga con ellos y así te perniquebres—repuso D. Manuel sonriendo.

—Pero no basta eso. Es preciso que pongas una orden á tu administrador para que me los entregue. Aquí, en este papelito... Ya que tienes la pluma en la mano, no me voy sin la orden. Luego acabarás tu carta.

Diciendo esto, cogía de la papelera un pliego timbrado y se lo ponía delante, apartando con su propia mano la carta que estaba á medio escribir.

—¡Dios tenga compasión de mí! Y el diablo cargue con estas santas cursis, con estas funda-

doras de establecimientos que no sirven para nada.

—Escribe, tontito. Si todo eso que hablas es bulla. ¡Si eres lo más bueno... y lo más cristiano...!

—¡Cristiano yo!—exclamó el caballero enmascarando su benevolencia con una fiera histeriónica.—¡Cristiano yo! ¡Mal pecado! Para que no te vuelvas á acercar más á mí, me voy á hacer protestante, judío, mormón... Quiero que huyas de mí como de la peste.

—Vamos, no tontees. Te advierto que de ninguna manera te has de librar de mí, pues aunque te vuelvas el mismo Demonio, te he de pedir dinero y te lo he de sacar. Vamos, ponme eso.

—No me da la gana.

Y diciéndolo empezaba á redactar la orden.

—Así, así...—decía Guillermina dictando.—«Sr. D... haga usted el favor de dar los palos...»

—Por ahí... los palos... Leña, que te den leña es lo que á ti te viene bien.

Durante el silencio de la escritura, oyóse en el pasillo próximo rumor de faldas, voces de mujeres y estallido de besos. Moreno levantó la pluma, diciendo: «¿Quién es?»

—No te interrumpas... ¿Qué te importa á ti? Debe de ser Jacinta. Sigue.

—Pues que pase aquí. ¿Por qué no pasa?

—Está hablando con tu hermana. ¡Jacinta, Jacintilla! entra: el monstruo quiere verte.

Abrióse la puerta y aparecieron Jacinta y Patrocinio, la hermana de Moreno. Esta se reía de ver á su hermano enzarzado con la santa, y riéndose, se retiró.

—Venga usted... Jacinta, por Dios—dijo Moreno echando la firma al documento,—y sáque-me de este Calvario. Crea usted que su amiguita me está crucificando.

—Calle usted, cicatero—le contestó la joven avanzando hacia la mesa.—Usted es el que la crucifica á ella, porque pudiendo darle todo lo que le pide, que bien de sobra lo tiene, no se lo da; y hace muy mal en atormentarla si piensa dárselo al fin.

—Vamos, usted se me ha pasado al enemigo. Ya no hay salvación—afirmó él quitándose los lentes y frotándose los ojos, cansados de tanto escribir.—Estamos perdidos.

—¿Eh? ¿qué tal? ¿Tengo buenos abogados?—dijo Guillermina recogiendo su papel.

—¡Cicatero!—repitió Jacinta.—¡Negarle tres ó cuatro mil tristes duros para acabar el piso!... ¡Un hombre que no tiene hijos, que está nadando en dinero! ¡Usted, que antes era tan bueno, tan caritativo!...

—Es que me he vuelto protestante, hereje, y me voy á volver judío, á ver si está calamidad me deja en paz.

—No, no le dejaremos, ¿verdad?—insistió la santa.—Mira, Manolo: Jacinta y yo pedimos

ahora juntas. Aunque te vuelvas turco, ya te cayó que hacer.

—No; Jacinta no se mete en esos enredos—dijo Moreno mirándola fijamente en los ojos.

—Vaya que sí me meto. El asilo es mio; lo he comprado.

—¿Sí? Pues si ha dado usted dos pesetas por él, ha hecho un mal negocio. Todavía está á la mitad y ya se está cayendo.

—Primero te caerás tú.

—Es mio—afirmó la señora de Santa Cruz avanzando más y poniendo la palma de la mano sobre el pupitre.—Á ver, rico avariento, dé usted para la obra de Dios.

—¡Otra! Ya he dado unas vigas que valen cualquier cosa—replicó Manolo, mirando embelesado, tan pronto la cara de la mendicante como su mano de ángel, sonrosada y gordita.

—Eso no basta. Necesitamos acabar el piso principal, y...

—Eso... eso...—interrumpió Guillermina.—Pero no te dará ni una mota. ¿Sabes? Se va á hacer mormón, y necesita el dinero para tantísimas mujeres como tendrá que mantener.

—Poco á poco, señoras mías—observó el rico avariento, echándose sobre el respaldo del sillón.—La cosa varía de aspecto. ¡Jacinta metida á santa fundadora! ¡Qué compromiso! Ahora si que no sé cómo salir del paso, porque ahora si que me condeno de veras si me obstino en la

negativa. Porque no hay duda de que esta mano que pide, mano del Cielo es...

—Y tan del Cielo—indicó la propia Delfina sacudiendo la mano.—Decidirse pronto, caballero. Es la primera vez que ejerzo de santa. Si me echa la limosnita, usted me estrena.

—¿Sí?...—dijo él, moviéndose en el sillón con gran desasosiego.—Pues doy, pues doy.

Guillermina empezó á dar palmadas, gritando: «Hosanna... ya le tenemos cogido.» Y con vivacidad semejante á la de una jovencueta, echó mano á la llave que estaba puesta en uno de los cajones de la mesa.

—Eh... ¿qué libertades son esas?—gritó su sobriño sujetándole la mano.

—El talonario del Banco...—decía la *rata eclesiástica*, luchando por desasirse y por sofocar la risa.—Aquí, aquí lo tienes, perro hereje... sácalo pronto y pon cuatro números, cuatro letras y el garabato de tu firma. Jacinta, abre... sácalo... no tengas miedo.

—Orden, orden, señoras—arguyó Moreno á quien la risa cortaba la respiración.—Esto ya es un allanamiento, un escalo. Tengan calma, porque si no me veré en el caso de llamar á una pareja.

—¡El talonario, el talonario!—chillaba Jacinta, dando también palmadas.

—Paciencia, paciencia. No tengo aquí el talonario. Está abajo en el escritorio. Luego...

—¡Bah!... ¡se está burlando de nosotras!...

—No, no—dijo Guillermina con ardor;—ya no puede volverse atrás.

—Yo no me voy ya sin la firma.

—Más que la firma—manifestó Moreno muy serio, poniéndose la mano sobre aquel corazón que no valía ya dos cuartos,—vale mi palabra.

Estaba pálido, casi blanco, del color del papel en que escribía.

—¿De veras?

—No hay más que hablar.

—Eso sí—dijo la santa,—él es un pillo, un hereje; pero lo que es palabra, la tiene...

Dichas otras cuantas bromas, retiráronse las dos santas fundadoras, dejando al hereje con su médico. Iban tan contentas, que cuando entraron en el cuarto de Guillermina, á ésta le faltaba poco para ponerse á bailar.

—¿Pero de veras nos mandará el talón?—preguntó Jacinta, incrédula.

—Como tenerlo en la mano... Has estado muy hábil... Como tiene conmigo tanta confianza, se pone muy pesado. Pero á ti no te había de negar... ¡Qué alegría!... ¡Ya tenemos piso principal! ¡Viva San José bendito! ¡Vivaaaa!... ¡Viva la Virgen del Carmen!... ¡Vivaaaa! Porque á ellos se le debe todo. Tarde ó temprano, Manolo me habría dado esos cuartos. ¡Ah!, yo le conozco bien. ¡Si es un angelote, un bendito, un alma de Dios!...

II

No les duró mucho el regocijo, porque oyeron el reloj de la Puerta del Sol dando las diez, y ambas mudaron súbitamente la expresión de su rostro. «Las diez, ya veremos si viene—dijo Guillermina, que aún conservaba resplandores de alegría en su cara.—Prometió venir; pero esa palabra no debe de ser tan de fiar como la de Manolo.»

Y permaneciendo ambas en pie, la fundadora dijo á su amiguita:

—Esto no lo hago yo más que por ti... ¡meterme en vidas ajenas! La impresión que saqué el otro día es que por el momento no es ella quien te le distrae. Sería una actriz consumada si así no fuese. Como venga hoy, le echaremos la sonda más abajo á ver si sale algo. De todas suertes, yo la sermonearé bien para que le reciba á cajas destempladas, si él intentara... ¿Cree-rás una cosa? ¿Que esa mujer no me parece enteramente mala?

—Podrá ser... Pero si usted hubiera visto la cara que me puso el otro día, una cara de rencor como usted no puede figurarse...

—Dice que después le pesó...

—¡Bribona!—exclamó Jacinta, frunciendo los labios y apretando los puños.

—Pero, en fin, hoy la tantearemos otra vez.

Comoquiera que sea, su sermoncito no hay quien se lo quite. Y por si viene pronto... quedamos en que de diez á once... debes marcharte ya, no sea que te pille aquí.

Después de un rato de silencio, la Delfina dijo con resolución: «Yo no me voy.»

—¡Hija, qué me dices!... ¿Estás loca?

—Yo no me voy. Me esconderé en la alcoba. Quiero oír lo que diga...

—Eso sí que no te lo consiento. ¿En mi casa escenas de comedia? No; no lo esperes.

—¡Pero qué tonta, y qué exagerada, y qué puntillosa es usted, hija! ¿Qué mal hay en eso? á ver... Le digo á usted, que no me voy.

—Pues te quedas aquí... ¡Ah!, no; eso tampoco. Márchate, niña de mi alma, y no me pongas en tan mal paso. No es de mi carácter eso.

—Déjeme... ¡por Dios! ¿Pero qué le importa á usted?... vaya... Yo me meto en la alcoba y me estoy allí como en misa.

—Hija, ni en los teatros resulta eso con sentido común... Para salir diciendo luego con voz hueca: «¡lo he oído todo!»

—Yo no chistaré. No haré más que oír... Vamos, remilgada, déjeme usted.

—Ya me figuraba yo que habías de salir con alguna tontería. Eres una voluntariosa. De esa manera me agradeces lo que hago por ti...

—¿Pero qué mal hay?... Vaya, que es usted terca. Pues que no me voy, que no me voy.

Sonó la campanilla.

—¿Apostamos á que es ella?... Lo siento—dijo Guillermina asomándose á la puerta.

Jacinta no creyó prudente discutir más, y sin decir nada metióse en la alcoba, cerrando cuidadosamente las vidrieras. Guillermina, no conformándose con el escondite, quiso salir con ánimo de recibir la visita en otra habitación; mas dispuso la fatalidad que su sobrina Patrocinio, al ver entrar á Fortunata, la tomara por una de las muchas personas que iban allí á pedir socorros, y la introdujese, como si dijéramos, á boca de jarro en el gabinete de la santa. Esta se vió algo confusa, sin saber cómo salir de aquel atolladero. «¡Ah! ¿era usted?... No la esperaba... Pase y tome asiento.»

Fortunata, que iba vestida con mucha sencillez, entró como entraría una planchadora que va á entregar la ropa. Avanzaba tímidamente, deteniéndose á cada palabra del saludo, y fué preciso que Guillermina la mandase dos ó tres veces sentarse para que lo hiciera. Su aire de modestia, su encogimiento, que era el mejor signo de la conciencia de su inferioridad, hacíanla en aquel instante verdadero tipo de mujer del pueblo, que por incidencia se encuentra mano á mano con las personas de clase superior. Mucho la cohibía el temor de no saber usar términos en consonancia con los que emplearía la confesora, pues en todas las ocasiones difíciles recobraba su

popular rudeza, y se le iban de la memoria las pocas enseñanzas de lenguaje y modales que había recibido en su corta y accidentada vida de señora.

Pero lo verdaderamente singular era que Guillermina, tan dueña de su palabra normalmente, estaba también azorada aquel día, y no sabía cómo desenvolverse. El escondite de su amiga la llenaba de confusión, porque era un engaño, un fraude, una superchería indigna de personas formales. Lo primero que á la santa se le ocurrió, para empezar, fué una ampliación de lo que había dicho en la casa de Severiana. «Si quiere usted que seamos amigas y que le dé buenos consejos, es preciso que tenga conmigo mucha confianza y no me oculte nada, por feo y malo que sea. Hay en su vida de usted un punto muy obscuro. Usted está casada y no quiere á su marido; así me lo confesó el otro día. Crea que esto me ha dado que pensar. Dice usted que se casó sin saber lo que hacía... Explicación escurridiza. Tengamos sinceridad y hablemos claro. La sinceridad es difícil; pero así como los niños que confiesan por primera vez no confesarían si el cura no les sacara los pecadillos con cuchara, así yo voy á ayudarle á usted preguntando y echándole el anzuelo de la respuesta. Veremos si pica... Cuando usted se determinó á casarse, ¿no hizo allá en el fondo de su pensamiento la reserva de que el matrimonio le permitiera pecar

libremente, no digo que con éste y con el otro, sino con el que usted quería?

Fortunata miraba al techo, recordando.

—¿No había esa reserva? A ver... busque usted bien; busque más adentro, más abajo.

—Puede que sí la hubiera—dijo la otra al fin con voz muy apagada y trémula.—Puede que sí...

—¿Ve usted cómo salen las heces cuando se las quiere sacar?

—Pero también le diré á usted que yo no contaba con volverle á ver... Pensé que no se acordaba de mí. Yo me llegué á creer que podría ser buena y honrada... Me lo tragué. ¿Pero cómo fué ésto? Que él me buscó... sí, señora, me buscó y me encontró. Sin saber cómo, de repente, el casamiento y mi marido se me pusieron á cien mil leguas de distancia. Yo no sé explicarlo, no sé explicarlo.

En cuanto la conversación se corría del lado de Juanito Santa Cruz, Guillermina se aterraba. Quería apartarla de aquel extremo peligroso, y no sabía cómo llevar á su penitente á un terreno puramente ideal.

—Pero su conciencia... Eso es lo que quiero saber.

—¡Mi conciencia!... Esto sí que es raro... Se lo cuento á usted como pasó... No se me alborotaba cuando cometía yo aquellos pecados tan refeos... Le diré á usted más, aunque se horri-

ce... Mi conciencia me aprobaba... vamos al caso, me decía una cosa muy atroz: me decía que mi verdadero marido...

—No siga usted—interrumpió la santa alaromadísima, creyendo sentir ruido en la alcoba. Es horrible. No siga usted. ¡Virgen del Carmen! Está usted muy dañada.

—Parecíame á mí—prosiguió la penitente sin poder contener la efusión de su sinceridad—que aquel hombre me pertenecía á mí y que yo no pertenecía al otro... que mi boda era un engaño, una ilusión, como lo que sacan en los teatros.

—Calle, cállese por Dios.

—Pero aguárdese usted... A mí me había dado palabra de casamiento... como ésta es luz... Y me la había dado antes de casarse... Y yo había tenido un niño... Y á mí me parecía que estábamos los dos atados para siempre, y que lo demás que vino después no vale... eso es.

Guillermina se llevó las manos á la cabeza... Discurrió que lo mejor era diferir la conferencia para otro día, pretextando que tenía que salir. «Eso es muy grave. Hay que tratarlo despacio. Ciertamente que una promesa liga algo... No sostendré yo que ese joven se portó bien con usted. Pero el tiempo, la sociedad... Y sobre todo, los derechos que usted podría tener, los ha perdido con su mala conducta.»

—Yo no habría sido mala—dijo la de Rubín

envalentonándose, al ver en su confesora un inexplicable aturdimiento,—si él no me hubiera plantado en medio del arroyo con un hijo dentro de mí.—La santa vacilaba; no sabía por donde romper. ¡Ah!, sin aquel peligroso testigo de Jacinta ya se habría explicado ella bien, enseñando á la atrevida cuántas son cinco.

—Usted, hija mía, está como trastornada—le dijo, buscando modos de hacer insignificante la conversación.—El otro día me pareció usted más razonable... ¿Qué mosca le ha picado?...

—¿Qué mosca?—dijo Fortunata con cierto extravío en la mirada.—¿Qué mosca? Pues una.

—Porque usted no se hace cargo de que ha pasado tiempo, de que ese hombre está casado con una mujer angelical, y que...

En la fisonomía de la prójima se encendió de improviso una luz vivísima. Fué como una aureola de inspiración que le envolvía toda la cara. Más hermosa que nunca, sacó de su cabeza un gallardísimo argumento, y se lo soltó á la otra como se suelta una bomba explosiva.

¡Pruuun! Guillermina se quedó atontada cuando oyó esta atrocidad:

—¡Angelical!... Sí, todo lo angelical que usted quiera; pero *no tiene hijos*. Esposa que no tiene hijos, no es tal esposa.

Guillermina se quedó tan pasmada, que no pudo responder.

—Es idea mía—prosiguió la otra con la inspi-

ración de un apóstol y la audacia criminal de un anarquista.—Dirá usted lo que guste; pero es idea mía, y no hay quien me la quite de la cabeza... Virtuosa, sí; estamos en ello; pero no le puede dar un heredero... Yo, yo, yo se lo he dado, y se lo puedo volver á dar...

—Por Dios... cállese usted... no he visto otro caso... ¡Qué idea!... ¡qué atrevimiento! Está usted condenada.

Y la virgen y confesora llegó á tal grado de confusión, que no daba ya pie con bola.

—Yo estaré todo lo condenada que usted quiera... pero es mi idea; con esta idea me iré al Infierno, al Cielo ó adonde Dios disponga que me vaya... Porque eso de que yo sea mala, muy mala, todavía está por ver.

La santa la miraba con verdadero espanto. Fortunata parecía estar fuera de sí, y como el exaltado artista que no tiene conciencia de lo que dice ó canta.

—¿Por qué he de ser yo tan mala como parece?... ¿porque tengo una idea? ¿No puede una tener una idea?... ¿Dice usted que la otra es un ángel? Yo no lo niego, yo no pretendo quitarle su mérito... Si á mí me gusta, si quisiera parecerme á ella en algunas cosas; en otras no, porque ella será para usted todo lo santa que se quiera, pero está por debajo de mí en una cosa: *no tiene hijos*, y cuando tocan á tener hijos, no me rebajó á ella, y levanto mi cabeza, sí, seño-

ra... Y no los tendrá ya, porque está probado; y por lo que hace á que yo los puedo tener, también muy probado está. Es mi idea, es una idea mía. Y otra vez lo digo: la esposa que no da hijos, no vale... Sin nosotras las que los damos, se acabaría el mundo... Luego nosotras...

«Nada, nada, esta mujer está loca y no tendré más remedio que ponerla en la calle—pensó Guillermina.—¡Y qué trago estará pasando la otra pobre oyendo tales lindezas!»

Notaba en ella cierta exaltación insana. No era la misma mujer con quien había hablado dos días antes. Ya tenía la palabra en la boca para despedirla con buen modo, cuando se sintió ruido como de mano golpeando en los cristales de un mirador, y luego una voz que llamaba á Guillermina. Asomóse ésta. Fortunata oyó claramente la voz de doña Bárbara preguntando: «¿Está ahí Jacinta?»

III

La santa vaciló antes de dar respuesta. Por fin la dió: «¿Jacinta?... No, aquí no está.» Poco más hablaron las dos damas, y Guillermina volvió al lado de la visita; pero la falsedad que se había visto obligada á decir trastornaba de tal modo su espíritu, que no parecía la misma mujer de siempre, segura, impávida y tan

dueña de su palabra como de sus actos. La mentira y el escondite escénico de su amiga pusieronla en la situación más crítica del mundo, porque se había hecho á la verdad, y vivía en ella como los peces en el agua. Estaba la pobre señora, con aquellos escrúpulos, como pez á quien sacan de su elemento, y aun le pasó por el magín la pavorosa idea: *¡pecado mortal!* En fin, que aquello se tenía que concluir.

—Hija mía, usted está hoy un poco alucinada. Bien quisiera poderla oír, consolarla... pero tiene que dispensarme por hoy... Otro día...

—¿Tiene usted que salir?—dijo la anarquista con pena.—Bueno, volveré; yo tengo que contarle á usted una cosa... Si no se la cuento á usted, lo sentiré... ¡Ay!, una cosa que me ha pasado ayer... ¡tremenda, muy tremenda!

Guillermina permaneció en pie, diciendo para sí: «¿Qué será?»

—Si persiste usted—agregó en voz alta—en tener esas ideas estrambóticas, es difícil que yo la consuele. No nos entenderemos nunca.

En aquel momento la pecadora clavaba sus ojos en la santa. Se le estaba pareciendo á Mauricia. La cara no era la misma, pero la expresión sí... y la voz se le había enronquecido como la de las personas que beben aguardiente.

—¿En qué piensa usted? ¿Por qué me mira tanto?—le preguntó Guillermina, que ya estaba impaciente por terminar.

—La miro á usted porque me gusta mirarla... Anoche y anteanoche, y todos los días desde aquel en que hablamos, la tengo á usted metidita dentro de mis ojos; la veo cuando duermo y cuando no duermo. Ayer, cuando me pasó lo que me pasó, dije: «No tengo sosiego hasta que no se lo cuente á la señora.»

Guillermina, movida de gran curiosidad, se sentó, y tomándole una mano, le dijo en voz queda: «Cuenta usted... Ya oigo.»

—Pues ayer—refirió la joven con los ojos bajos, alzándolos al final de cada frase como si quisiera con ellos las comas, más que con el acento,—pues ayer... iba yo tan tranquila por la calle de la Magdalena, pensando en usted... porque siempre estoy pensando en usted y... me paré á ver el escaparate de una tienda donde hay tubos y llaves de agua... Ni sé por qué me paré allí, pues ¿qué me importan á mí los tubos?... cuando sentí á mi espalda... mejor dicho, aquí en el cuello, una voz... ¡Ay, señora! La voz me sonó aquí detrás junto á estos pelitos que tenemos donde nace la cabellera, y fué como si me entraran una aguja muy fina y muy fría... Me quedé helada... volvíme... le vi... se sonreía.

Guillermina extendió la mano para teparle la boca, pero sin resultado.

—Yo no podía hablar... Me quedé como una estatua; me dieron ganas de llorar, de echar á correr ó de no sé qué.

—No le diría á usted nada de particular—inició la santa muy asustada, quitando gravedad al asunto.—Nada más que un saludo...

—¿Qué saludo?... Verá usted. Me dijo: «¿Chiquilla, qué es de tu vida?»... Yo no le pude contestar... Dí media vuelta, y él me cogió una mano.

—Vamos, vamos, esto ya es demasiado—declaró Guillermina, levantándose turbadisima.—Otro día me contará usted eso...

—No, si no hay más... Yo retiré mi mano, y me fui sin decirle nada... No tuve alma para seguir adelante sin mirar para atrás, y miré y le vi... Me seguía, distante. Apresuré el paso y me metí en mi casa...

—Muy bien hecho, muy bien hecho...

—Pero aguárdese usted—dijo Fortunata, que ya no estaba exaltada, sino en un grado de humildad lastimosa, y su tono era el de los penitentes muy afligidos que no pueden con el peso de sus culpas.—Aún falta lo mejor. Después que le vi, se me ha clavado de tal manera en el pensamiento la idea de... Es una idea mia, idea mala, señora... pero usted es una santa, y me la quitará de la cabeza... Por eso no tengo sosiego hasta no decírsela...

—Basta, basta; no quiero, no quiero.

—Que sí quiere—insistió la joven, reteniéndola por ambas manos, pues la confesora hizo ademán de apartarse de ella.

—Una idea infame... La idea de pecar otra vez... —dijo Guillermina, balbuciente. —¿Es eso?...

—Eso es... pero verá la señora. Yo quiero echarla de mí; pero á veces se me ocurre que no debo echarla, que no pecho...

—¡Jesús!

—Que así debe ser, que así está dispuesto— añadió la señora de Rubín, volviendo á exaltarse y á tomar la expresión del anarquista que arroja la bomba explosiva para hacer saltar á los poderes de la tierra. —Es una idea mía, una idea muy perra, una idea negra como las niñas de los ojos de Satanás... y no me la puedo arrancar.

—Cállese usted...

Guillermina puso cara de consternación y dió algunos pasos, vacilando como una persona que se va á caer. Tiempo hacía, mucho tiempo, que la insigne fundadora no se había encontrado en compromiso semejante. Sentíase atada y sin libertad, y esto la ponía fuera de sí, destruyendo aquella serenidad soberana que normalmente tenía. Aún intentó un esfuerzo para dominar situación tan penosa, y echando miradas de alarma á la vidriera de su alcoba, dijo: «Pero usted... no reflexiona... que...»

No pudo concluir esta frase trivial. La otra, que siendo cifra de todas las debilidades humanas, parecía más fuerte que la gran doctora y

santa, se permitió sonreír oyéndola. «¿Y qué saco de reflexionar? Mientras más reflexiono peor.»

—Veo que usted no tiene atadero... Con esas ideas pronto volveríamos al estado salvaje.

Con sonrisa sarcástica y un expresivo alzar de hombros, dió á entender Fortunata que por ella no había inconveniente en que la sociedad volviera al estado salvaje...

«Usted no tiene sentido moral; usted no puede tener nunca principios, porque es anterior á la civilización; usted es un salvaje y pertenece de lleno á los pueblos primitivos.» Esto ó cosa parecida le habría dicho Guillermina, si su espíritu hubiera estado en otra disposición. Únicamente expresó algo que se relacionaba vagamente con aquellas ideas: «Tiene usted las pasiones del pueblo, brutales y como un canto sin labrar.»

Así era la verdad, porque el pueblo, en nuestras sociedades, conserva las ideas y los sentimientos elementales en su tosca plenitud, como la cantera contiene el mármol, materia de la forma. El pueblo posee las verdades grandes y en bloque, y á él acude la civilización conforme se le van gastando las menudas, de que vive.

De repente Fortunata vaciló en su ánimo. Parecía una fuerza nerviosa que caía en brusca sedación. La otra, en cambio, se creció de repente por una sacudida de su conciencia. «Ya no más, no más mentira. No puedo, no puedo...»

Alzó los ojos al techo, cruzó las manos, su cara se puso muy encendida y sus ojos iluminados. Quedóse atónita la anarquista oyéndole decir estas palabras con un acento que parecía ser de otro mundo:

«Salva, Jesús mío, esta alma que se quiere perder, y apártame á mí de la mentira.» Después se llegó á ella y le cogió una mano, diciéndole con profunda lástima: «¡Pobre mujer! Yo tengo la culpa de las atrocidades que ha dicho usted, yo, yo; Dios me lo perdone, y la causa ha sido una farsa, una mentira... La verdad ante todo. La verdad me ha salvado siempre y me salvará ahora. Usted ha dicho cosas infernales que desgarran el corazón de mi amiga, y las ha dicho porque creía que hablaba sólo conmigo. Pues la he engañado á usted, porque Jacinta está escondida en aquella alcoba.»

Diciéndolo, corrió hacia la puerta vidriera y la empujó. Fortunata, que estaba sentada frente á la puerta aquella, levantóse de golpe, quedándose yerta y muda. Jacinta no aparecía. Se oyeron tan sólo sus sollozos. Estaba sentada en una silla, apoyando la cabeza en la cama de la santa. Ésta se fué á ella, y le dijo: «Perdónala, querida mía, que no sabe lo que se dice.»

—Y usted...—añadió, saliendo á la puerta—bien comprenderá que debe retirarse. Hágame el favor...

Quizás todo habría concluido de un modo pa-

cífico; pero la Delfina se levantó de repente, poseída de la rabia de paloma que en ocasiones le entraba. ¡Ánimas benditas! De un salto salió al gabinete. Estaba amaratada de tanto llorar y de tantísima cólera como sentía... No podía hablar... se ahogaba. Tuvo que hacer como que escupía las palabras para poder decir con gritos intermitentes: «¡Bribona... infame, tiene el valor de creerse!... No comprende que no se le ha mandado... á la galera, porque la justicia... porque no hay justicia... Y usted... (por Guillermina) no sé cómo consiente, no sé cómo ha podido creer... ¡Qué ignominia!... Esta mujerzuela aquí, en esta casa... ¡qué afrenta!... ¡Ladrona!...»

Fortunata, en el primer movimiento de sorpresa y temor, había dado una vuelta y puéstose tras el sillón en que poco antes estaba sentada. Apoyando las manos en el respaldo, agachó el cuerpo y meneó las caderas como los tigres que van á dar el salto. Miróla Guillermina, sintiendo el espanto más grande que en su vida había sentido... Fortunata agachó más la cabeza... Sus ojos negros, situados contra la claridad del balcón, parecía que se le volvían verdes, arrojando un resplandor de luz eléctrica. Al propio tiempo dejó oír una voz ronca y terrible, que decía: «¡La ladrona eres tú... tú! Y ahora mismo...»

La ira, la pasión y la grosería del pueblo se manifestaron en ella de golpe, con explosión

formidable. Volvió á la niñez, á aquella época en que trabándose de palabras con alguna otra zagalona de la plazuela, se agarraban por el moño y se sacudían de firme, hasta que los mayores las separaban. No parecía ser quien era, ni debía de tener conciencia de lo que hacía. Jacinta y Guillermina se acobardaron un momento; pero luego la primera lanzó un grito de angustia, y la santa salió á pedir socorro. No tuvo tiempo Fortunata de prolongar su altercado ni de volver en sí, porque apareció en la puerta el criado de Moreno, que era un inglesote como un castillo, y á poco vino también doña Patrocinio, y después el mismo Moreno.

La señora de Rubín no se dió cuenta de lo demás... Tenía después una idea incierta de que la mano dura del inglés la había cogido por un brazo, apretándosele tanto que aún le dolía al día siguiente; de que la sacaron del gabinete, de que le abrieron la puerta y de que se vió bajando la escalera.

Todos acudieron á la señora de Santa Cruz que había perdido el conocimiento, y Moreno, poniendo una cara entre burlesca y consternada, se dejó decir: «Estas cosas le pasan á mi querida tía por meterse á redentora.»

IV

Bajó Fortunata los peldaños riendo... Era una risa estúpida salpicada de interjecciones. «¡A mí decirme...! ¡Si no me echan, la cojo... le levanto... pero no sé, no recuerdo bien si le arañé la cara! ¡Á mí decirme! Si le pego un bocado no la suelto... Ja, ja, ja...» Le temblaban tanto las piernas, que al llegar á la calle apenas podía andar. La luz y el aire parecía que le despejaban algo la cabeza, y empezó á darse cuenta de la situación. ¿Pero era verdad lo que había dicho y hecho? No estaba segura de haberla pegado; pero sí de que le dijo algo. ¿Y para qué la otra la había llamado á ella *ladrona*?... Subió por la calle de la Paz, pasando á cada instante de una acera á otra sin saber lo que hacía.

«¿Pero yo qué he hecho?... ¡Oh!, bien hecho está... ¡Llamarme á mí *ladrona*, ella que me ha robado lo mío!» Se volvió para atrás, y como quien echa una maldición, dijo entre dientes: «Tú me llamarás lo que quieras... Llámame tal ó cual y tendrás razón... Tú serás un ángel... pero tú no has tenido hijos. Los ángeles no los tienen. Y yo sí... Es mi idea, una idea mía. Rabia, rabia, rabia... Y no los tendrás, no los tendrás nunca, y yo sí... Rabia, rabia, rabia...»

Más allá del Banco volvió á reirse. Su monólogo era así: «¡Lo mismo que la otra, la *señora*

del Espíritu Santo!... Doña Mauricia, digo Guillermina la Dura... Quiere hacernos creer que es santa... ¡Buen peine está! Harta de retozar con los curas, se quiere hacer la obispa catoliquísima y meterse en el confesonario... ¡Perdida, borrachona, hipocritona!... Púa de sacristia, amancebada con todos los clérigos... con el Nuncio y con San José...»

De pronto sus ideas variaron, y sintiendo dolorosa angustia en su alma, como impresión de horrible vacío, pensaba así: «¿Pero á quién me volveré ahora? ¡Dios mío, qué sola estoy! ¡Por qué te me has muerto, amiga de mi alma, Mauricia!... ¡Por más que digan, tú eras un ángel en la tierra, y ahora estás divirtiéndote con los del Cielo, y yo aquí tan solita! ¿Por qué te has muerto? Vuélvete acá... ¿Qué es de mí? ¿Qué me aconsejas? ¿Qué me dices?... ¡Qué ganas siento de llorar! Sola, sin nadie que me diga una palabra de consuelo... ¡Oh! qué amiga me he perdido!... Mauricia, no estés más entre las ánimas benditas, y vuelve á vivir... Mira que estoy huérfana, y yo y los huerfanitos de tu asilo estamos llorando por ti... Los pobres que tú socorrías te llaman. Ven, ven... Señor Pepe te ha hecho los gatillos... Le vi esta mañana en la fragua machacando, tin, tan... Mauricia, amiga de mi alma, ven y las dos juntas nos contaremos nuestras penas; hablaremos de cuando nos querían nuestros hombres, y de lo que nos decían

cuando nos arrullaban, y luego beberemos aguardiente las dos, porque yo también quiero el aguardientito, como tú, que estás en la gloria, y lo beberé contigo para que se me duerman mis penas, sí, para que se me emborrachen mis penas.»

Entró por fin en casa. Enteramente trastornada, andaba como una máquina. No había nadie más que Papitos, á quien vió, mas no le dijo nada. Encerróse en su alcoba, tiró el manto y se echó en el sofá, dando un rugido. Después de revolcarse como las fieras heridas, se puso boca abajo, oprimiendo el vientre contra los muelles del sofá, y clavando los dedos en un cojín. No tardó en caer en penoso letargo, lleno de visiones disparatadas y horribles, sin darse cuenta del tiempo que estuvo en tal disposición. Cuando volvió en sí había poca luz en el cuarto. Fijándose bien, pudo distinguir la cara escrutadora de doña Lupe que la observaba... «¿Qué tienes?... Me has asustado. ¡Dabas unos mugidos!... y de pronto te echabas á reir, ¡y se te escapaban unas palabritas...!» Á las reiteradas y capciosas preguntas de su tía, contestaba evasivamente y con mucha torpeza. «¿En dónde has estado hoy? Tú has salido.»—«Fuí á comprar aquella tela...»—«¿Y dónde está?»—«¿Que dónde está la tela?... pues no sé...»—«Parece que estás en Babia. A ti te pasa algo. Levántate de ese sofá.»

Pero no se levantaba. Empezó á sospechar la viuda que aquel espíritu estaba perturbado, y tembló. Vinieron á su pensamiento pasadas vergüenzas y desdichas, y se prometió vigilar mucho. Estuvo la señora de morros toda la noche, y Fortunata de más morros todavía, sintiendo que se apoderaba de su alma la aversión á toda aquella familia. No les podía ver. Eran sus carceleros, sus enemigos, sus espías. A cualquier parte de la casa que fuese, seguía la doña Lupe. Se sentía vigilada, y el rechinar de las zapatillas de su tía le causaba violentísima ira. Al día siguiente, después de almorzar, y cuando Maxi se había marchado á la botica, tuvo tanto miedo Fortunata á que la ira estallase, que para evitarlo se ató una venda á la cabeza fingiendo jaqueca, y encerrándose en su alcoba, acostóse en su cama. A la media hora le entró, como el día anterior, la embriaguez aquella, el desvanecimiento de las ideas, que se emborrachaban con tragos de dolor y se dormían.

En tal situación siente vivos impulsos de salir á la calle; se levanta, se viste, pero no está segura de haberse quitado la venda. Sale, se dirige á la calle de la Magdalena, y se para ante el escaparate de la tienda de tubos, obedeciendo á esa rutina del instinto por la cual, cuando tenemos un encuentro feliz en determinado sitio, volvemos al propio sitio creyendo que lo tendremos segunda vez. ¡Cuánto tubo! Llaves de

bronce, grifos y multitud de cosas para llevar y traer el agua... Detiéndose allí mediano rato viendo y esperando. Después sigue hacia la plaza del Progreso. En la calle de Barrionuevo se detiene en la puerta de una tienda, donde hay piezas de tela desenvueltas y colgadas haciendo ondas. Fortunata las examina, y coge algunas telas entre los dedos para apreciarlas por el tacto. «¡Qué bonita es esta cretona!» Dentro hay un enano, un monstruo, vestido con balandrán rojo y turbante, alimaña de transición que se ha quedado á la mitad del camino darwinista por donde los orangutanes vinieron á ser hombres. Aquel adefesio hace allí mil extravagancias para atraer á la gente, y en la calle se apelmazan los chiquillos para verle y reirse de él. Fortunata sigue y pasa junto á la taberna en cuya puerta está la gran parrilla de asar chuletas, y debajo el enorme hogar lleno de fuego. La tal taberna tiene para ella recuerdos que le sacan tiras del corazón... Entra por la Concepción Jerónima; sube después por el callejón del Verdugo á la plaza de Provincia; ve los puestos de flores, y allí duda si tirar hacia Pontejos, adonde la empuja su pícara idea, ó correrse hacia la calle de Toledo. Opta por esta última dirección, sin saber por qué. Déjase ir por la calle Imperial, y se detiene frente al portal del Fiel Contraste á oír un pianito que está tocando una música muy preciosa. Éntranle ganas de

bailar, y quizás baila algo: no está segura de ello. Ocorre entonces una de estas obstrucciones que tan frecuentes son en las calles de Madrid. Sube un carromato de siete mulas ensartadas formando rosario. La delantera se insubordina metiéndose en la acera, y las otras toman aquello por pretexto para no tirar más. El vehículo, cargado de pellejos de aceite, con un perro atado al eje, la sartén de las migas colgando por detrás, se planta, á punto que llega por detrás el carro de la carne, con los cuartos de vaca chorreando sangre, y ambos carreteros empiezan á echar por aquellas bocas las finuras de costumbre. No hay medio de abrir paso, porque el rosario de mulas hace una curva, y dentro de ella es cogido un simón que baja con dos señoras. Éramos pocos... A poco llega un coche de lujo con un caballero muy gordo. Que si pasas tú, que si te apartas, que si y que no. El carretero de la carne pone á Dios de vuelta y media. Palo á las mulas, que empiezan á respingar, y una de estas coces coge la portezuela del simón y la deshace... Gritos, leña, y el carromatero empeñado en que la cosa se arregla poniendo á Dios, á la Virgen, á la hostia y al Espíritu Santo que no hay por donde cogerlos.

Y el pianito sigue tocando aires populares, que parecen encender con sus acentos de pelea la sangre de toda aquella chusma. Varias mujeres que tienen en la cuneta puestos ambulantes

de pañuelos, recogen á escape su comercio, y lo mismo hacen los de la *gran liquidación por saldo, á real y medio la pieza*. Un individuo que sobre una mesilla de tijera exhibe el gran invento para cortar cristal, tiene que salir á espeta perros; otro que vende los lápices más fuertes del mundo (como que da con ellos tremendos picotazos en la madera sin que se les rompa la punta), también recoge los bártulos, porque la mula delantera se le va encima. Fortunata mira todo esto y se ríe. El piso está húmedo y los pies se resbalan. De repente, ¡ay!, cree que le clavan un dardo. Bajando por la calle Imperial, en dirección al gran pelmazo de gente que se ha formado, viene Juanito Santa Cruz. Ella se empina sobre las puntas de los pies para verle y ser vista. Milagro fuera que no la viese. La ve al instante y se va derecho á ella. Tiembla Fortunata, y él la coge una mano preguntándole por su salud. Como el pianito sigue tocando y los carreteros blasfemando, ambos tienen que alzar la voz para hacerse oír. Al mismo tiempo Juan pone una cara muy afligida, y llevándola dentro del portal del Fiel Contraste, le dice: «Me he arruinado, chica, y para mantener á mis padres y á mi mujer estoy trabajando de escribiente en una oficina... Pretendo una plaza de cobrador del tranvía. ¿No ves lo mal trajeado que estoy? Fortunata le mira, y siente un dolor tan vivo como si le dieran una puñalada. En efecto; la

capa del señorito de Santa Cruz tiene un siete tremendo, y debajo de ella asoma la americana con los ribetes deshilachados, corbata mugrienta, y el cuello de la camisa de dos semanas... Entonces ella se deja caer sobre él, y le dice con efusión cariñosa: «Alma mía, yo trabajaré para ti; yo tengo costumbre, tú no; sé planchar, sé reparar, sé servir... Tú no tienes que trabajar... Yo para ti... Con que me sirvas para ir á entregar, basta... no más. Viviremos en un sotabanco, solos y tan contentos.»

Entonces empieza á ver que las casas y el cielo se desvanecen, y Juan no está ya de capa, sino con un gabán muy majo. Edificios y carros se van, y en su lugar ve Fortunata algo que conoce muy bien, la ropa de Maxi, colgada de una percha, la ropa suya en otra, con una cortina de percal por encima; luego ve la cama, va reconociendo pedazo á pedazo su alcoba; y la voz de doña Lupe ensordece la casa riñendo á Papitos, porque al aviar las lámparas ha vertido casi todo el mineral... y gracias que es de día, que si es de noche y hay luz, incendio seguro.

V

Lo que había soñado se le quedó á la señora de Rubín tan impreso en la mente cual si hubiera sido realidad. Le había visto, le había ha-

blado. Completó su pensamiento amenazando con el puño cerrado á un ser invisible: «Tiene que volver... ¿Pues tú que creías? Y si él no me busca, le buscaré yo... Yo tengo mi idea, y no hay quien me la quite.» Incorporóse después, quedándose apoyada en un codo y mirando á los ladrillos. Sus ojos se fijaron en un punto del suelo. Con rápido impulso saltó hacia aquel punto y recogió un objeto. Era un botón... Mirólo tristemente, y después lo arrojó con fuerza lejos de sí, diciendo: «Es negro y de tres *aujeritos*. Mala sombra.» Vuelta otra vez á la cavilación: «Porque si le encuentro y no quiere venir, me mato, juro que me mato. No vivo más así, Señor; te digo que no me da la gana de vivir más así. Yo veré el modo de buscar en la botica un veneno cualquiera que acabe pronto... Me lo trago, y me voy con Mauricia.» Esta idea parecía darle cierto aplomo, y salió del cuarto. En pocas palabras la puso doña Lupe al tanto de la gran burrada que había hecho Papitos. «Nada, hija, que si es de noche y se vierte el mineral con la luz encendida, aquí perecemos todos achicharrados... Es muy perra esta chica, y me va á consumir la vida.»

Pasado el berrinche se fijó en la cara de su sobrina, encontrando en ella un obscurísimo jeroglífico que no podía descifrar: «Pero estate sin cuidado que ya te lo acertaré yo... Conmigo no juegas tú.»

Aquella noche hizo Maxi mil extravagancias, y á la mañana siguiente se puso tan encalabrinado y vidrioso, que no se le podía aguantar. «Hay que tener mucha paciencia—dijo doña Lupe á Fortunata.—¿Sabes lo que te aconsejo? Que no le llesves la contraria en nada. Hay que decirle á todo que sí, sin perjuicio de hacer lo que se deba. El pobrecito está mal. Me ha dicho esta mañana Ballester que tiene algo de reblandecimiento cerebral. Dios nos tenga de su mano.» Sentía Fortunata vivos deseos de salir á la calle, y no sabía qué pretexto inventar para procurarse escapatorias. Ofrecíase á hacer compras de que doña Lupe tenía necesidad, é inventaba menesteres que motivaran una salidita. La taimada viuda de Jáuregui comprendió que una sujeción absoluta sería perjudicial, y empezó á darle libertad. Un día le leyó la cartilla en estos términos: «Puedes salir; no eres una chiquilla y ya sabes lo que haces. Yo creo que no nos darás ningún disgusto, y que has de mirar por el decoro de la familia lo mismo que miro yo. La dignidad, hija, la dignidad es lo primero.» Pero doña Lupe empezaba á hacérsele horriblemente antipática, y por nada del mundo le habría hecho una confidencia. Hablando con verdad, lo que más disgustada tenía á doña Lupe era, no que Fortunata saliese, sino que no le comunicase nada de lo que pensaba y sentía. El pensar que tal vez estaría á la sazón la señora

de Rubín jugando una gran trastada al decoro de la familia, la mortificaba, sí, pero no tanto como el ver que no la consultaba ni le pedía consejo sobre aquello desconocido y oscuro que sin duda le ocurría. «El tapujito es lo que me revienta. Como yo lo descubra, va á ser sonada. En hora maldita entró aquí esta loquinaria. No, yo nunca la tragué, el Señor es testigo... Siempre me dió de cara. El ganso de Nicolás fué quien lo echó á perder tomándolo por lo religioso... Si al menos se llegara á mí y me dijera: «Tía, yo me veo en este conflicto, yo he faltado ó voy á faltar, ó puede que falte si no me atajan...» Demasiado sabe ella que con este mundo que yo tengo y con lo bien que discurre, gracias á Dios, le abriría camino para poner á salvo el honor de la familia. Pero no... la muy bestia se empeña en gobernarse sola, ¿y qué hará?... Alguna barbaridad, pero gorda. Si no, allá lo veremos.»

Fortunata se echó á la calle, y en la plaza del Progreso vió muchos coches, pero muchos. Era un entierro, que iba por la calle del Duque de Alba hacia la de Toledo. Por las caras conocidas que fué viendo mientras el fúnebre séquito pasaba, vino á comprender que el entierro era el de Arnáiz el Gordo, que se había muerto el día antes. Pasaron los Villuendas, los Trujillos, los Samaniegos, Moreno-Isla... Pues irían también D. Baldomero y su hijo... quizás en los coches

de delante, haciendo cabecera... «Toma; también Estupiñá.» Desde el simón en que iba con uno de los *chicos*, el gran Plácido le echó una mirada de indignación y desdén. Siguió ella tras el entierro, y al llegar á la parte baja de la calle de Toledo, tomó á la derecha por la calle de la Ventosa y se fué á la esplanada del Portillo de Gilimón, desde donde se descubre toda la vega del Manzanares. Harto conocía aquel sitio, porque cuando vivía en la calle de Tabernillas iba-se muchas tardes de paseo á Gilimón, y sentándose en un sillar de los que allí hay, y que no se sabe si son restos ó preparativos de obras municipales, estabase largo rato contemplando las bonitas vistas del río. Pues lo mismo hizo aquel día. El cielo, el horizonte, las fantásticas formas de la sierra azul, revueltas con las masas de nubes, le sugerían vagas ideas de un mundo desconocido, quizás mejor que este en que estamos, pero seguramente distinto. El paisaje es ancho y hermoso, limitado al Sur por la fila de cementerios, cuyos mausoleos blanquean entre el verde oscuro de los cipreses. Fortunata vió largo rosario de coches como culebra que avanzaba ondeando; y al mismo tiempo otro entierro subía por la rampa de San Isidro, y otro por la de San Justo. Como el viento venía de aquella parte, oyó claramente la campana de San Justo que anunciaba cadáver.

—Estará con su papá—pensó ella,—y aun-

que al volver me vea, no ha de decirme nada.

Después de permanecer allí largo rato, fué á la Virgen de la Paloma, á quien dijo cuatro cosas, y estaba rezándole, cuando sus ojos, al resbalar por el suelo, tropezaron con un objeto, que brillaba en medio de los baldosines de mármol. Púsose un momento á gatas para cogerlo. Era un botón. «¡Es blanco y de cuatro *aujeritos!* Buena sombra» dijo, guardándolo.

Se fué á su casa, y al día siguiente salió á comprar tela para un vestido. Estuvo en dos tiendas de la Plaza Mayor, tomó después por la calle de Toledo, con su paquete en la mano, y al volver la esquina de la calle de la Colegiata para tomar la dirección de su casa, recibió como un pistoletazo esta voz que sonó á su lado: «¡Negra!»

¡Ay, Dios mío! ¡Encontrársele así tan de sopetón, precisamente en uno de los pocos instantes en que no estaba pensando en él! Como que iba discurrendo la combinación que le pondría al vestido. ¿Azul ó plata vieja? Le miró, y se puso del color de la cera blanca. Él entonces detuvo un simón que pasaba. Abrió la portezuela, y miró á su antigua amiga sonriendo; sonrisa que quería decir: «¿Vienes ó no? Si estás rabiando por venir... ¿A qué esa vacilación?»

La vacilación duraría como un par de segundos. Y después Fortunata se metió en el coche de cabeza, como quien se tira en un pozo. Él en-

tró detrás, diciendo al cochero: «Mira, te vas hacia las Rondas... paseo de los Olmos... el Canal.»

Durante un rato se miraban, sonreían y no decían nada. A ratos Fortunata se inclinaba hacia atrás, como deseando no ser vista de los transeuntes; á ratos parecía tan tranquila, como si fuera en compañía de su marido.

—Ayer te vi... digo, no te vi... Vi el entierro y me figuré que irías en los coches de delante.

Los ojos de ella le envolvían en una mirada suave y cariñosa.

—¡Ah!, sí; el entierro del pobre Arnáiz... Díme una cosa: ¿me guardas rencor?

La mirada se volvió húmeda.

—¿Yo?... ninguno.

—¿A pesar de lo mal que me porté contigo?...

—Ya te lo perdoné.

—¿Cuándo?

—¡Cuándo! ¡Qué gracia! Pues el mismo día.

—Hace tiempo, *nena negra*, que me estoy acordando mucho de ti—dijo Santa Cruz con cariño que no parecía fingido, clavándole una mano en un muslo.

—¡Y yo!... Te vi en la calle Imperial... No, digo, soñé que te vi.

—Yo te vi en la calle de la Magdalena.

—¡Ah!, sí... la tienda de tubos; muchos tubos.

Aun con este lenguaje amistoso, no se rompió la reserva hasta que no salieron á la Ronda. Allí el aislamiento les invadía. El coche pene-

traba en el silencio y en la soledad, como un buque que avanza en alta mar.

—¡Tanto tiempo sin vernos!—exclamó Juan pasándole el brazo por la espalda.

—¡Tenía que ser, tenía que ser!—dijo ella inclinando su cabeza sobre el hombro de él.—Es mi destino.

—¡Qué guapa estás! ¡Cada día más hermosa!

—Para ti toda—afirmó ella, poniendo toda su alma en una frase.

—Para mí toda—dijo él, y las dos caras se estrujaron una contra otra.—Y no me la merezco, no me la merezco. Francamente, chica, no sé cómo me miras.

—Mi destino, hijo, mi destino. Y no me pesa, porque yo tengo acá mi idea, ¿sabes?

Santa Cruz no pensó en rogarle que explicara su idea. La suya era ésta: «¡Pero qué hermosa estás! ¿Has hecho alguna picardía en el tiempo que ha pasado sin que nos veamos?»

—¿Picardías yo?... (extrañando mucho la pregunta).

—Quiero decir: después que volviste con tu marido, ¿no has tenido por ahí algún devaneo?...

—¡Yo!—exclamó ella con el acento de la dignidad ofendida;—¡pero estás loco! Yo no tengo devaneos más que contigo...

—¿De cuánto tiempo puedes disponer?

—De todo el que tú quieras.

—Podrías tener un disgusto en tu casa.

—Es verdad... pero ¿y qué?

Y en el acto se acordó de las amonestaciones de Feijóo. Claro; no había necesidad de descomponerse, ni de faltar á la religión de las apariencias.

—Pues dispongo de una hora.

—¿Y mañana?

—¿Nos veremos mañana? No me engañes; pero no me engañes—dijo ella suplicante.—Es toy acostumbrada á tus papas...

—No, ahora no... ¿Me quieres?

—¡Qué pregunta!... Bien lo sabes tú, y por eso abusas. Yo soy muy tonta contigo, pero no lo puedo remediar. Aunque me pegaras, te querría siempre. ¡Qué burrada! Pero Dios me ha hecho así, ¿qué culpa tengo?

Tanta ingenuidad, ya conocida del incrédulo Delfín, era una de las cosas que más le encantaban en ella. Tiempo hacía que él notaba cierta sequedad en su alma, y ansiaba inmergírla en la frescura de aquel afecto primitivo y salvaje, pura esencia de los sentimientos del pueblo rudo.

—¿Me engañarás otra vez, farsantuelo? (clavándole á su vez los dedos en la rodilla).

—No claves tanto, hija, que duele. Y ahora gocemos del momento presente, sin pensar en lo que se hará ó no se hará después. Eso depende de las circunstancias.

—¡Ah!, esas señoras circunstancias son las que

me cargan á mí. Y yo digo: «Pero Señor, ¿para qué hay en el mundo circunstancias?» No debe haber más que *quererse* y á vivir.

—Tienes razón (abrazándola con nervioso frenesi y dándole la mar de besos). *Quererse* y á vivir. Eres el corazón más grande que existe.

Fortunata se acordó otra vez de su amigo y maestro Feijóo. El corazón grande era un mal y había que recortarlo.

—Reconozco—prosiguió el Delfín—que vales mucho más que yo, como corazón; pero mucho más. Soy al lado tuyo muy poca cosa, *nena negra*. No sé qué tienes en esos condenados ojos. Te andan dentro de ellos todas las auroras de la gloria celestial y todas las llamas del infierno... Quiéreme, aunque no me lo merezco.

—¡Me muero por ti! (tirándole suavemente de las barbas). Si no me quieres, te irás al infierno... para que lo sepas; te irás conmigo... te llevaré yo, arrastrándote por estas barbas.

Risas. «¡Qué feliz soy, pero qué feliz soy hoy, Dios mío!—exclamó la joven, con semblante y ojos iluminados.—No me cambiaría por todos los ángeles y serafines que están brincando delante de su Divina Majestad en el Cielo; no me cambiaría, no me cambiaría.»

—Ni yo... Hace tiempo que yo necesitaba una alegría. Estaba triste, y decía: «Á mí me falta algo; ¿pero qué es lo que me falta á mí?»

—Yo también estaba triste. Pero el corazón

me está diciendo hace tiempo: «Tú volverás, tú volverás...» Y si una no volviera, ¿para qué es vivir? Vivir para que llegue un día así: lo demás es estarse muriendo siempre.

—Es tarde y no quiero que te comprometas. Precaución, chica. No hagamos tonterías.

Volviendo á acordarse de Feijóo, repitió ella: «Lo principal es no hacer tonterías.»

—Quedamos en que...

—Mañana, á la hora que te venga mejor.

—Cochero, vuelva usted.

—Déjame á la entrada de la calle de Valencia.

—Donde tú quieras.

—Y pasado mañana también—dijo tras una pausa y con ansiedad la insensata mujer.

—Y al otro, y al otro... Pero no muerdas...

Miraba ella al porvenir, y su radiante felicidad se nublaba con la idea de que los días venideros desmintieran aquel en que estaba.

—Porque ahora no serás tan malito como antes. ¿Verdad, pillín mío?... ¿no serás, no, verdad, rico mío?

—Que no, que no... Vas á ver... Tú te vencerás...

—Júramelo... ¡Ah! ¡qué tonta! ¡Como si los juramentos valieran! En fin, que ahora tomaré mis precauciones... Si mi idea se cumple...

—¿Y cuál es tu idea? ¿Qué idea es esa?

—No te lo quiero decir... Es una idea mía: si te la dijera, te parecería una barbaridad. No lo

entenderías... ¿Pero qué te crees tú, que yo no tengo también mi talento?

—Lo que tú tienes, *nena negra*, es toda la sal de Dios (besándola con romanticismo).

—Pues eso... junto con la sal está la idea... Si mi idea se cumple... No te quiero decir más.

—Mañana me lo dirás.

—No, mañana tampoco... El año que viene.

—*Ya llegó el instante fiero...*

—*Silvia de la despedida*. Déjame aquí. Adiós, hijo de mi vida. Acuérdate de mí. ¡Que no fueran los minutos horas! Adiós... me muero por ti.

—Que no faltes. Y no te olvides del número.

—¿Qué me he de olvidar, hombre? Primero me olvidaré de mi nombre.

—A la una en punto. Adiós, negra salada.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

FIN DE LA PARTE TERCERA

Madrid.—Diciembre de 1886.